

TrAmA
FEDERAL

“De cada cosa un poquito”

Prensa y literatura en el largo siglo XIX argentino

EDITORIAL  UADER



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ENTRE RÍOS

Abog. Luciano Filipuzzi
RECTOR

Esp. Ing. Rossana Sosa Zitto
VICERRECTORA

Esp. Carla Malugani
SECRETARIA DE INTEGRACIÓN Y COOPERACIÓN

Dra. Alfonsina Kohan
DIRECTORA EDITORIAL UADER

UNIVERSIDAD NACIONAL DE FORMOSA

Esp. Augusto César Pármeter
RECTOR

Dr. Emilio Grippaldi
VICERRECTOR

Mgr. Alberto Barboza
SECRETARIO GENERAL ACADÉMICO

Mgr. Marisa Estela Budiño
RESPONSABLE DE EdUNaF

TrAmA
FEDERAL

“De cada cosa un poquito”

Prensa y literatura en el largo siglo XIX argentino

Andrea Bocco
Natalia Crespo
Carlos Hernán Sosa
(Directores)

EDITORIAL  UADER



“De cada cosa un poquito”. Prensa y literatura en el largo siglo XIX argentino / Mónica Bueno... [et al.]; dirigido por Andrea Bocco; Natalia Crespo; Carlos Hernán Sosa; editado por Vanesa Borgert; Dana Rodríguez. - 1a ed. - Formosa: EdUNaF. Editorial Universidad Nacional de Formosa; Paraná:

Editorial de la Universidad Autónoma de Entre Ríos, 2022.

416 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-48148-6-9

I. Crítica de la Literatura Argentina. 2. Periodismo Cultural. I. Bueno, Mónica. II. Bocco, Andrea, dir. III. Crespo, Natalia, dir. IV. Sosa, Carlos Hernán, dir. V. Borgert, Vanesa, ed. VI. Rodríguez, Dana, ed.

CDD 860.9982

©, 2022.

©EDITORIAL UADER

Editorial UADER

Diseño Gráfico: Alfredo Molina

Edición y corrección: Vanesa Borgert, Dana Rodríguez

Editorial EdUNaF

Mgr. Marisa Estela Budiño



Razón social: UADER/Editorial UADER
Avda. Ramírez 1143, E3100FGA
Paraná, Entre Ríos, Argentina
editorial@uader.edu.ar
www.uader.edu.ar



Razón Social: Editorial de la Universidad Nacional de Formosa.
Avenida Gutniski, 3200
Formosa, Argentina
editorialunaf@gmail.com

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Prohibida su reproducción total o parcial
Derechos reservados

Se terminó de imprimir en Septiembre
de 2022. Argentina

Una piedra en el zapato. El discurso pro civilizatorio en algunas narrativas expedicionarias al Pilcomayo (Domingo Astrada, Otto Asp, Federico Gauffin)

Carlos Hernán Sosa

Universidad Nacional de Salta | CONICET

Si no tuvieras hambre, te diría:
no vayas al Ingenio.

[...]

Pero te compran, indio,
como a un niño ingenuo,
con un rifle oxidado,
con la luz de un espejo,
con un saco amarillo
con un sombrero viejo....

Manuel J. Castilla, “No vayas al ingenio”.

La ocupación territorial de enormes extensiones que, en Argentina, hasta las primeras décadas de siglo XX no habían sido lo suficientemente recorridas y expoliadas de su población originaria para ser colonizadas y puestas a producir según los estándares del modelo agroexportador, se nutrió de una usina de discursos y prácticas *ad hoc*. En los materiales escriturarios conservados, se proyectan modos de inscripción de debates y modelos de conformación territorial que fueron arbitrados por las elites dirigentes y puestos en funcionamiento –con eficiencia y rapidez– por “el brazo armado del progreso” (el ejército, los expedicionarios, los científicos, los misioneros religiosos, etc.). Estas avanzadas de procesos de territorialización

inscritos en verdad desde mediados de siglo XIX, en su cruzada ante “la topografía de la barbarie” –en palabras de Fernández Bravo (1999)–, aparecían fuertemente cohesionadas a partir de imaginarios sociales racistas y genocidas y se encauzaron, institucionalmente, desde una perspectiva pro civilizatoria –excluyente y sectaria–, bajo el amparo de otro desarrollo concomitante: la construcción del Estado moderno en nuestro país.

Mientras ensayaban con la impostación de una épica casera la marcha del “progreso” hacia los recodos del “atraso” nacional, se urdieron genealogías discursivas que, en sintonía con los procesos sociohistóricos, presentaron disonancias cronológicas y desigualdades procesuales en las distintas regiones de nuestro país. El caso de la ocupación de la zona norte del Pilcomayo, a comienzos del siglo XX, es un ejemplo elocuente de estas particularidades disonantes, no homogeneizables, si se lo contrasta por ejemplo con los procesos de usurpación territorial con fines productivos del espacio patagónico –durante las últimas décadas del siglo XIX– (Bandieri, 2000). Esta extensa región que, por entonces, todavía dirimía los límites jurisdiccionales entre la provincia de Salta y el Territorio Nacional de Formosa (creado recientemente en 1884) y además, en la práctica cotidiana, hacía su propia lectura displicente en el caso de lo establecido desde 1880 para los lindes internacionales en la frontera tripartita con Bolivia y Paraguay, sufrió una ocupación territorial con aristas particulares por los procesos sociales específicos –regionales y de frontera– que decantaban en ese momento.

En consonancia con la multivalencia de los propósitos de intervención en este espacio enclavado en “el olvido norte de la nación” (el desalojo y/o exterminio de las comunidades originarias, la instalación disciplinadora de misiones aborígenes administradas por órdenes religiosas como la franciscana, la plena ocupación territorial, el desarrollo de colonias agropecuarias, etc.), el conjunto de materiales escriturarios que conservamos sobre estos acontecimientos ofició como registro de dichas experiencias también desde facturas muy

diversas: desde la formalidad de partes e informes para la oficialidad o las autoridades nacionales y los diarios de campaña individuales, hasta la asepsia de las anotaciones científicas disciplinares, las versiones edulcoradas y exotistas de los artículos periodísticos digitadas para la prensa porteña y los textos tramitados en el terreno de las convenciones literarias más canónicas. Este verdadero corredor discursivo sobre el Pilcomayo, variado y sostenido en el tiempo, puede reconocerse como parte de las narrativas expedicionarias al gran Chaco; se trata de un corpus abultado que excede el marco de las producciones nacionales, en tanto que sus manifestaciones más lejanas pueden rastrearse desde la colonización temprana, por ejemplo, en los textos de los misioneros jesuitas del siglo XVI. Conformado por materiales que han recibido lecturas periferizadas, en el horizonte de los estudios crítico literarios siempre más abocados al análisis de los textos que acompañaron la ocupación del sur del país –Viñas (2003), Andermann (2000), Livon-Grosman (2003), Morillas Ventura (2009), Torre (2010a y 2010b, 2011), Giucci (2014), Penhos (2018)– este corpus recientemente comenzó a leerse de manera sistemática como expresión discursiva de un itinerario orgánico particular (Gorleri, Budiño y Renzulli, 2020).

Insertos en estas particularidades que atraviesan discursos y prácticas con sus problemáticas especiales que aquí apenas esbozo, rescato a tres autores cuyas producciones se articulan por haber participado –con distintos niveles de intervención y habiendo cumplido experiencias muy disímiles– de una expedición al río Pilcomayo durante el año 1903. Me interesa detenerme en: *Expedición al Pilcomayo. Colonización del alto Chaco. Buena Ventura. Antecedentes. La expedición. El río, tierras, indios, caminos. Restos de Ibarreta. 17 de junio á 24 de septiembre de 1903* (1906), ecléctico volumen de Domingo Astrada¹, jefe del proyecto colonizador en la zona; la homónima *Expedición al Pilcomayo. 27 de marzo – 6 de octubre de 1903* (1905), un informe oficial elaborado por el ingeniero Otto Asp para el gobierno nacional; y la bilogía novelesca de Federico Gauffin, formada

1 Agradezco a la Biblioteca Privada “J. Armando Caro”, de la localidad de Cerrillos, y a su director Gregorio Caro Figueroa, por haberme facilitado la consulta del texto de Domingo Astrada.

por *En tierras de Magú Pelá* (1932) y *Los dos nidos* (1933). En este recorrido resulta productivo poder indagar los nexos con que estas materialidades verbales tan disímiles se interpelan ante la premura por plasmar representaciones de circunstancias cercanas, pues las movilizan propósitos de escritura diferentes y alternan figuraciones de público para diversas instancias de divulgación. Al margen de los matices intervinientes, la lectura cruzada permite reponer problemáticas comunes, entre las que considero particularmente significativas: la percepción residual del espacio como “desierto”, la figuración del indio y las tensiones étnicas en disputa –entre indígenas, criollos y colonos– y la misma territorialización programática para la cuenca del Pilcomayo. Cada propuesta perfila, entonces, formas estratégicas de inscripción ideológica donde reverberan todavía posiciones políticas reaccionarias contra el indio o algunas filiaciones paternalistas redentoristas, en el concierto mayor de la urgencia por incorporar tierras con fines de explotación productiva.

Los esfuerzos encomiables de un hijo dilecto de la nación

El texto de Domingo Astrada² debe entenderse como uno de los repertorios más documentados y pormenorizados sobre la ocupación de la sección norte del río Pilcomayo desde fines del siglo XIX. A pesar del carácter heterogéneo, debido a los géneros discursivos que van ensamblando el libro (cartas personales y oficiales, artículos periodísticos,

2 Son pocos los datos biográficos que pude recoger de Domingo Astrada y Rodríguez (1858–1951), maestro de origen cordobés, con intereses económicos de larga data en la región del Pilcomayo. Tal como se desprende de su texto, fue un sujeto muy interiorizado en la vida política regional de Salta y Formosa y contaba con redes aceitadas con las autoridades nacionales, gracias a las cuales pudo fomentar su emprendimiento privado.

diario de campaña, documentación oficial, etc.)³, la obra se aúna rígidamente en el tono de reivindicación de la tarea del Astrada narrador, autoinstituido en responsable de acometer todas las contrariedades a fin de garantizar el progreso nacional. En este entretejido, donde con disimulo y sin ingenuidad se solapa la preocupación de un productor ganadero interesado en volver más rentable sus tierras, se destaca sin mella aparente al persecutor del bienestar común. Esta estrategia, que trafica dividendos privados como bienestar público, es el zócalo de inscripción ideológica del volumen.

El proceso de ocupación territorial que Astrada recoge en su obra, mediante la disposición de un *collage* donde va ensamblando su relato personal junto a otras voces, arranca en 1895. Hacia estos años efectivamente se formalizó un proceso de migración de antiguos ganaderos criollos ubicados en la zona del actual departamento salteño de Rivadavia, en el límite con Formosa, quienes ante el empobrecimiento crónico que la explotación pecuaria había generado desde la primera mitad del siglo XIX (de la Cruz, 1998), adelgazando los rindes en un territorio provisto de un delicado equilibrio ecológico fácilmente quebrantable hasta el presente (Gordillo, 2000 y 2010), previeron un desplazamiento hacia la región norte del Pilcomayo (Rodríguez y Buliubasich, 1994 y Buliubasich y Rodríguez, 2002). Astrada (1906) señala sin dobleces estos motivos, lo impulsa a la colonización “el malestar de los ánimos que desde tiempo atrás veníase sintiendo en el departamento de Rivadavia, cuyos habitantes necesitaban tierras y librarse de la traba de impuestos onerosos

3 En los rasgos discursivos de mi corpus resulta fácil reconocer cómo los textos se inscriben en el fuero de la “narración transversal”, categoría que Torre (2010a) también destaca para las narrativas expedicionarias de la Campaña al Desierto. Ello en tanto que, “como práctica, atraviesa diversos sujetos, diferentes instituciones y múltiples órdenes discursivos: literario, científico, militar, político. Esa transversalidad constitutiva del *corpus* también alcanza a los géneros codificados –memorias militares, recuerdos, crónicas, autobiografías, partes, cartas, telegramas, descripciones geográficas, relatos de viaje” (12).

para desarrollar holgadamente su industria” (4). La reducción de gravámenes, por entonces solo alcanzable en la jurisdicción de un territorio nacional, atizó la esperanza de que en esta zona del Pilcomayo se estableciera un territorio nacional como el de Formosa, para ser administrado por estos grupos de criollos. Astrada, como concesionario y administrador de la colonización, era la cabeza más visible de dichas tratativas que, finalmente, no fructificaron más allá del afianzamiento de algunas familias en torno a la fundación de la colonia pastoril Buena ventura (en agosto de 1902)⁴.

Al momento de negociar con la autoridad las condiciones bajo las cuales abra su sacrificado empeño, Astrada elabora con pincelada fina una primera aproximación al desierto:

Abrir caminos por selvas espesísimas, conducir y apacentar ganados forasteros en lugares desconocidos y velar día y noche contra la acechanza del indio montarás, porque aquella zona está situada en el seno mismo del desierto, como habrá notado V. E. por la lijera ubicación que de ella he hecho, –constituye una empresa muy seria, señor ministro, que nadie se atrevería á acometer seguramente, si no es con la esperanza de gozar la posesión tranquila, durante algunos años al menos, de la tierra conquistada. La conveniencia de dar al poblador en dominio perpetuo la tierra que cultiva ó protege, es evidente señor ministro, el título de propiedad, la seguridad de trabajar en lo propio, es un estímulo poderoso que alienta al hombre y vigoriza su esfuerzo. (1906: 8)

4 En su pedido al Ministro de Agricultura de la Nación, en 1895, Astrada solicita “autorización para poblar con sesenta familias o más, en la región inexplorada del territorio de Formosa en la parte que limita con la provincia de Salta un área de tierra de cien leguas kilométricas o sea un total de dos mil quinientos kilómetros cuadrados de superficie que comprenda los parajes denominados ‘El Chorro’, ‘Buena Ventura’ y ‘El Río’, veinticinco leguas más o menos al N.N.E. del antiguo Fuerte Belgrano” (1906: 7-8).

El oxímoron tan recurrente en estas narrativas, el del desierto plenamente habitado por el indio, no hace más que prolongar la herencia fundacional de “La cautiva” echeverriana. La misma operación política de fundar la idea de territorio vacío, pasible de su ocupación y usufructo es, como puede verse, una estratagema que goza de lozanía a comienzos del siglo XX. La mirada de Astrada colonizador es así extractivista, por lo que en todo momento las extensiones en su amplia diversidad ambiental (ríos, planicies, bañados, montes) se califican en función de las potencialidades productivas: la navegabilidad de los ríos, el trazado comercial de caminos, la explotación ganadera en los llanos, la maderera en el monte y la agrícola en las riberas. Los artículos tomados de *La Nación*, *Los Principios* y *Caras y Caretas*, que el autor incorpora, abonan en el lectorado porteño las bondades de la empresa productiva del territorio nacional.

La recurrencia con que se intenta diferenciar hábitos y costumbres, como índices de la barbarie que irreconciliablemente distancia a expedicionarios de indígenas, alterna con la percepción paternalista que es capaz de prohijar a las comunidades para ayudarlas a abandonar el camino del atraso. Varias intervenciones del narrador y otros personajes a lo largo del relato destacan, a veces apenas disimulando la burla o el cinismo, las idiosincrasias de las comunidades con las que se van produciendo contactos durante la marcha. Indicaciones del tipo “voces salvajes” o “cuadro de barbarie”, se codean con las ridiculizaciones de las escenas de danza por algún agasajo o las expresiones de alegría de los indígenas durante los parlamentos.

Si bien podrían señalarse muchos otros elementos, considero que en el texto hay dos episodios donde el problema del contacto interétnico muestra sus aspectos insolubles. El primero tiene lugar al comienzo del relato de la expedición, pasaje en que Astrada pulcramente intenta desconectar sus acciones de un “exceso” de administración de justicia local en el departamento Rivadavia ocurrido un año antes, cuando con la connivencia de hacendados, autoridades policiales y del ejército y jueces de Paz se intentó montar un

alzamiento indígena para ocultar una masacre en Mundo nuevo⁵. La nominación egregia de dicho lugar es el corolario de la situación colonial que todo lo impregna en estos hechos desgraciados. Las familias asesinadas fueron sorprendidas en el regreso a sus tierras desde el trabajo estacional en el ingenio Ledesma, adonde habrían llegado muy seguramente gracias al trabajo profesional de un “sacador de indios”, oscuro sujeto encargado de proveer mano de obra para la explotación en el ingenio, como Eusebio Quintana que aparecerá retratado por Asp. La masacre de más de 100 personas, difundida en artículos de *La Nación* que se incorporan en el libro, era una fama nefasta que hacía peligrar los avances del proyecto expedicionario y, por eso, al revisar estas instancias y exponer su rechazo público a estas otras “alternativas” para la ocupación de las tierras, Astrada consigue reforzar de nuevo su argumentación favorable a la colonización pacífica de la zona.

Sin embargo, lo auspicioso de estas promesas no se traduce en todo momento en los hechos narrados. Distintos niveles de explotación son previstos y puestos en ejecución a lo largo de la expedición, naturalmente desde un verticalismo innegociable. El sistema de dones que se reitera en la obra, por ejemplo, se funda en un intercambio desigual: el obsequio de un producto de vital importancia

5 Tanto Astrada como Asp refieren versiones de la masacre que le confían distintos indígenas durante la expedición. Es especialmente relevante el encuentro con el cacique Colorado quien, habiendo perdido un hijo en Mundo nuevo, pide indemnización por las pérdidas de sus hermanos. Tras una disputa con Asp, Astrada cede y le reitera al cacique las promesas de protección del Estado (paradójicamente el mismo que ha asesinado a su gente) y la gestión de compensaciones por las muertes (dádivas que Astrada inicia con Colorado, mediante la asignación de un caballo) (1906: 107). Sobre el asunto, Asp dirá con mayor crudeza: “Entre los indios toda fechoría puede rescatarse y una vez la indemnización entregada, no hay indio que guarde rencor. La muerte de un indio se paga perfectamente con un novillo ó todavía mejor con un caballo” (1905: 17). El cinismo de ambos es aquí indigerible.

como el pescado que entregan los indígenas por las baratijas con que les retribuyen los expedicionarios. Con estas previsiones, es natural que los originarios no sean percibidos como una rémora importante para el proyecto pro civilizatorio; de hecho, la colonización pretende incorporarlos, a partir de la planificación alternada entre colonias criollas e indígenas, por la evidente necesidad de mano de obra barata. Aquí la miopía del etnocentrismo impide reconocer la propia autonomía en materia de gestión ganadera y agrícola que los grupos de la región habían alcanzado, en un espacio que ancestralmente conocen; por eso, aun cuando a Astrada y Asp les sorprenda encontrarse con extensiones de más de dos leguas de campos sembrados (perfectamente adaptados a las difíciles condiciones estacionales y enclavados de manera óptima acorde a las restricciones que ofrece un terreno reacto a la provisión de agua), no pueden admitir los hechos como lo que son, virtudes de auto-subsistencia comunitaria.

El segundo episodio que quiero referir es el circunscripto a la muerte de una joven muchacha chorote raptada por wichís (llamados matacos en el texto)⁶ en el contexto de una disputa entre comunidades. El relato es un punto de inflexión tanto para el esforzado trazo con que Astrada conduce la pluma autoreivindicadora de su arrojo como para la versión más escueta de Asp, en cuya narración el episodio también se reviste con el sabor amargo de la frustración. Lo que ambos no están pudiendo comprender en sus testimonios, transidos por lo voluntarioso y bienintencionado de las acciones, es la divergencia cultural que atraviesa los ribetes étnicos del conflicto. Pues el lector sospecha que tal vez haya sido la intervención explícita de los foráneos, que negociaban la devolución de la muchacha a su comunidad aun cuando ya se había casado con uno de los

6 La designación mataco es un término peyorativo que significa “animal de poca monta”, mientras que wichí es el etnónimo empleado para referirse a este pueblo, en tanto que está legitimado como autodenominación étnica.

líderes wichís, es decir, un acto deslegitimado que rompía con una pauta cultural propia, lo que desencadenó el asesinato de la joven cautiva. Otra vez la miopía obtura la capacidad de intervención en un territorio cultural otro donde, a veces, la procura del bienestar acaba exactamente en su contrario. La situación creo que es una pieza clave donde, casi como en el estatuto de un acto fallido de la escritura, el discurso monolítico del progreso se fisura para dar cabida a lo inexplicable, o a la incongruencia que separa las palabras de lo realizable. Circunstancias como esta advierten sobre los visos contradictorios del afianzamiento del Estado moderno y las ineficiencias del proyecto liberal; aporías que, como señaló Nouzeilles (1999), enrostran la cara menos progresista y más oscura de la modernización finisecular y se reformulan, en los modos catalizadores de las fronteras indómitas, casi como una reversión pesadillesca de las imposibilidades mismas del proyecto. En el mapa que trazan estos fanáticos augures del Estado, la incapacidad interpretativa de la muerte de la joven queda burocráticamente registrada en un lugar, el que desde ahora será llamado Paso de la mártir.

Una mirada gringa por el Chaco

Como venimos anticipando, las versiones narrativas de Astrada y Asp resultan complementarias, pues aquello que el colonizador no registra al científico le parece relevante y, a pesar de la naturaleza de su informe oficial, deja constancia de ello. En esta pareja de portavoces de una misma experiencia, puede verse la reiteración de figuras que previamente ocuparon el complejo matrimonio entre expedicionario y científico. Desde Robert Fitz Roy y Charles Darwin o Luis Piedrabuena y Francisco P. Moreno hasta la familia extendida de quienes integraron la campaña de Julio A. Roca en 1879: Paul Günther Lorentz como botánico, Adolfo Doering como zoólogo y geólogo, Gustavo Niederlein como ayudante de botánica y Federico Schultz como preparador en zoología, más otros especialistas como el topógrafo Manuel Olascoaga y el ingeniero Alfred Ebelot (Livon-Grosman, 2003: 72-151; Guzmán Conejeros, 2009 y Torres, 2010a: 67-79). La participación científica de Asp, ingeniero de origen

escandinavo –tal vez sueco o finlandés– del que hay pocos datos biográficos, es más modesta, cuenta con un ayudante polirrubro, Manuel Frommel. La breve *Expedición al Pilcomayo* (1905) relata su primer trabajo en la zona, a la que volverá ya como responsable de otra avanzada, entre 1906 y 1907, junto al naturalista suizo Emilio Budin⁷; la publicación del diario de esta expedición ha sido realizada por Rubén M. Bárquez (1997), con el título *Viajes de Emilio Budin: la expedición al Chaco, 1906-1907*⁸.

Las razones de la presencia de Asp, como funcionario de la División de Tierras y Colonias del Ministerio de Agricultura, pues aquí también “el *yo expedicionario* –el narrador– responde a la figura del encargo”, de una demanda que origina la escritura (Torre, 2010b: 151), se fundamentaba en la necesidad de cubrir dos tareas centrales: dirimir si la colonia Buena ventura estaba en la jurisdicción provincial de Salta o en el Territorio Nacional de Formosa (dato de vital importancia para el proyecto de Astrada) y analizar la cuenca del Pilcomayo con vistas a determinar su navegabilidad (para lo cual había revisado previamente la bibliografía disponible: desde los jesuitas del siglo XVI a las más reciente de Creveaux, Thouar, Feilberg, Page, Storm e Ibarreta). Por resultar obvio para su *métier*, el ingeniero no señala el instrumental que transporta para cubrir con su función, sí lo hace la mirada extrañada de Astrada: “El señor jefe técnico lleva los instrumentos necesarios: teodolito, sextante, barómetro, termómetro, aparato fotográfico, cronómetro, libros

7 Antes de este segundo viaje al Pilcomayo, y también debido a su trabajo en el Ministerio de Agricultura, Asp había participado en 1904 de una expedición con fines de colonización al Neuquén.

8 Asp y Budin formaron parte de la red de profesionales especializados que recorrieron la zona desde fines del siglo XIX. Budiño analiza con provecho tres de estos registros científicos: *La expedición más reciente al Pilcomayo* (1884) de Albert Amerlan, *Un viaje por el Pilcomayo al Chaco Central* (1906) de Vojtech Fríc y *La expedición alemana al Pilcomayo* (1908) de Willem Herrmann (Gorleri, Budiño y Renzulli, 2020: 60-71).

científicos y un mapa; también lo indispensable para colecciones de plantas, aguas, tierras, etc.” (1906: 71). La cita anticipa la percepción científica omnímoda que despunta en su informe: la mirada de la taxonomía botánica que va clasificando hierbas propicias al ganado, la mensura de los desplazamientos terrestres, la determinación astronómica traducible en la cartografía, su rol de médico del grupo. Esta voracidad científica es motivo de sorna entre los criollos que lo ven a cada rato “juntando yuyos” (1906: 74).

Justamente la primera representación orgánica externa de Asp que conocemos es la que Astrada construyó en su texto –la segunda es la que ofrecerá muchos años después Gauffin en sus novelas–, ambas imágenes especularmente discuten con la que el ingeniero relegará para sí al hacerse cargo de la narración de los hechos. La eficiencia profesional y claridad expositiva revisten como marcas determinantes en su informe, que denota además un manejo sin tropiezos del castellano; situación que se corresponde también con la versión de Astrada, donde nunca se lo ve titubear en materia de lenguaje: “El señor Asp coloca el trípode del teodolito, contento con tener una clarísima noche de luna, y entregado á la charla criolla en torno al fogón espera la hora oportuna de hacer sus anotaciones científicas” (1906: III). La autosuficiencia que trasunta el escrito, afirmada en la voz hiperautorizada de la ciencia y las huellas retóricas de un temperamento independiente, deviene contracara perfecta de la imagen sanchesca –díscola, torpe e ignorante de las singularidades del Pilcomayo– que Astrada le endilga a su colega de campaña. La disputa correctiva de Asp es una evidente rencilla masculina para dirimir quién lleva los pantalones del jefe en la marcha. Un rosario de amonestaciones (yerros estratégicos de movilidad, testarudez que duplica el trabajo o excesos que cansan a los animales, la lastimadura en una rodilla del ingeniero, la inoperancia con que atrae tigres al campamento) busca desprestigiar, en todo momento y con camuflado gesto xenófobo, al gringo “Mr. Asp”.

Si Astrada tenía en Asp su interlocutor contrincante señalado, consciente de la divulgación personal que el científico había volcado en su informe, además de varias entrevistas que estaban siendo publicadas en Buenos Aires y que Astrada incluye en su libro para debatir, el ingeniero, por su parte, tendrá en el mapa oficial asignado para orientar en la zona, un enemigo por descalificar con fruición mediante el señalamiento de errores topográficos y la sugerencia de enmiendas⁹. El afán documentalista que la propuesta de su nuevo mapa traduce –con el trazado prolijo del cauce del Pilcomayo, la indicación de la operatividad de abrir caminos por determinados sectores y la viabilidad de las colonias ganaderas (de criollos) e indígenas– acompaña la síntesis de conclusiones en el escrito elevado al gobierno.

El gesto científicista de Asp se diversifica en saberes y tareas, una es la clasificación de muestras, típica entre sus pares contemporáneos, para la reunión de piezas coleccionables –botánicas (hojas y flores) y antropológicas (como la pieza de cráneo perforado por una flecha, luego perdida, cuyo destino la prisa del relato no permite definir)–, llevada a cabo desde una dimensión escrituraria occidentalizadora: los árboles “están tan apretados y derechos, que parecen caños de órgano” (1905: 12), precisa en un momento. Su obsesión museológica no desatiende nunca la diligencia por la recolección –“Ya hace tiempo que hemos sacrificado lo supérfluo como guarda-monte, etc. Estoy contento de poder conservar al menos una parte de mis colecciones” (1905: 39)–; por eso, hacia el final de la avanzada, lamenta que parte de las colecciones se dañaran tras el vadeo de un río. Por otra parte, Astrada señala en varios

9 Así, por ejemplo, ya en el límite de la extenuación, cuando los expedicionarios llevan días empapados a causa del recorrido infernal por los esteros, el mapa es el destinatario de su encono: “Estamos alucinados por el deseo de llegar. Por la noche uno se figura sentir la campanilla de una misión, otra la sirena de un vapor, pero no se encuentra rastro humano, muy al contrario de lo que dice el mapa” (Asp, 1905: 40).

momentos que Asp realiza un registro fotográfico de la expedición; así, por ejemplo, se toman fotografías de la joven chorote en manos de los wichís (estando cautiva y luego ya muerta). Asp, sin embargo, es más escueto al respecto, como si esa labor no hubiese sido un requerimiento formalizado por la demanda del Ministerio, y solo dice como al pasar luego de una travesía en que terminan maltrechos por los esteros: “Llegamos por fin al campamento con 10 kilos de barro pegados en las botas. Siento que las fotografías que tomé de los más embarrados no hayan salido bien para perpetuar esta aventura” (1905: 24). El registro fotográfico se muestra aquí como nuevo lazo con prácticas científicas que acompañaron los procesos de ocupación territorial en el sur y que han sido analizados tanto en el orden castrense como en el de los misioneros religiosos (Scarzanella, 1999).

La mirada etnográfica del ingeniero simula un escaso nivel de prejuicio cultural, dice en un pasaje:

Durante la mañana nos divertimos en ver jugar los hijos é hijas de los indios en la playa. No me parece que haya mucha diferencia entre el desarrollo de los indios y cristianos cuando son chicos, y si hubiera alguna, ella sería en favor de los indios (1905: 8).

Sin embargo, muy persuadido por sus escalas axiológicas, en clave capitalista interpretará luego el éxito de la empresa expansionista:

Los chorotes poseen majadas y hacienda vacuna. Todas las mantas que tienen son tejidas por las mujeres, con la lana de sus ovejas. No se vé casi ninguna que venga del mundo civilizado. Sería muy fácil civilizar á esos indios porque ya son propietarios y no se atreverían á hacer ningún mal por miedo de perder sus haciendas (1905: 27).

A la vez, insiste, debe mediar el paternalismo estatal: “Cualquiera que sea la disposición adoptada por el Gobierno, habrá que esperar que algunos terrenos sean reservados para los indios á fin de no ver

á los propietarios legítimos del terreno reducidos á la mendicidad ó al robo” (1905: 6). Este establecimiento de “niveles de civilización” entre los pueblos se basa en la interpretación de numerosas huellas recogidas en la interacción por la mirada etnográfica: las costumbres comunicativas en el monte atando nudos en la vegetación, la traducción de léxico indígena al castellano, las prácticas antropofágicas entre los tobas, las curaciones rituales, la coreografía de las danzas, etc. A decir verdad, tampoco escapan sus colegas a esta auténtica radiografía de la otredad, de modo que reprobará así una costumbre criolla: “Después de los indispensables mates, que hacen perder mucho tiempo, partimos” (1905: 14).

Las potencialidades disruptivas de la literatura

Excepto por los señalamientos de Sylvester (2012), la obra de Gauffin no ha sido leída en relación con los textos recién comentados. Antes que por la reposición de coincidencias que ensaya Sylvester, el nexo interesa por la operación discursiva que revela: mediando un hiato temporal importante, la literatura con plena autosuficiencia resignifica los hechos, sin que ello represente un desprendimiento total de sustratos ideológicos comunes al corpus expedicionario al Pilcomayo, justamente porque las novelas lo integran. Analizada en esa serie, donde puede pensarse como otro estadio de las narrativas expedicionarias, la producción del escritor gana profundidad al permitir releer, desde las estrategias literarias, versiones sumamente elaboradas de situaciones y personajes involucrados en los hechos que desde otros intereses ya habían anotado Astrada y Asp. Con todo ello, se reinstalan así problemáticas desde el horizonte de la tradición expedicionaria en el campo cultural salteño de los

años 30, muy preocupado por debatir con impronta local frente a las políticas identitarias centrífugas del post Centenario¹⁰.

Lo primero que debe señalarse es que el relato de Gauffin sobre la ocupación del Pilcomayo se publicó treinta años después de la experiencia que el autor vivenció. A pesar de que ni Astrada ni Asp lo mencionan entre los expedicionarios, el primero señala que “en el camino se nos incorporan varios colonos” que no nombra (1906: 74), entre los que podría haber estado nuestro autor. El relato de la memoria familiar atestigua también su participación y confirma así ciertos relieves autobiográficos de su obra (Gauffin, 2020)¹¹. Procedimentalmente ambas novelas admiten ser leídas como relato de aprendizaje, sobre todo la primera; de hecho, pueden ensayarse lecturas cruzadas con *Don Segundo Sombra* (1926), texto cercano donde se reitera de manera arquetípica el par maestro gaucho y joven aprendiz de la vida rural, que Gauffin retraduce en las fronteras de la nación –en un espacio menos domesticado que la pampa de Güiraldes– por el gaucho alzado Argamonte (apellido que aparece entre los expedicionarios citados por Astrada) y el joven huérfano Carlos Gilbert que sale a probar fortuna al Chaco.

A pesar de que la participación de Gilbert en la expedición es acotada, acompaña solo en un tramo hasta afincarse en La Victoria (¿Buena ventura?) donde se establece como pulpero, la relectura de la avanzada presenta matices importantes. Para favorecer los juegos

10 Una propuesta de estudio anterior sobre el autor, que ensayé sobre *En tierra de Magú Pelá*, priorizó las relaciones polémicas de Gauffin con los discursos del post Centenario, en un contexto periférico como era el campo cultural salteño hacia 1930 (Sosa, 2016), pero lo hacía sin rascar su inscripción en las narrativas expedicionarias, una tarea que ahora propongo, con lo que espero complejizar mejor aquella primera aproximación.

11 Agradezco a Andrés Gauffin los intercambios mantenidos sobre la biografía de su abuelo y las circunstancias de escritura de sus novelas.

especulares entre los discursos, voy a priorizar las representaciones de los responsables de los dos textos anteriores y otros aspectos comunes, a fin de advertir con mayor claridad el adelgazamiento del dato referencial que manipula Gauffin y con ello las implicaciones ideológicas imperantes.

La transmutación de Astrada en Jesús Lugones, el jefe de “tonada cordobesa” (Gauffin, 2008: 66), es un eficaz enmascaramiento a fin de encauzar una actitud crítica hacia el personaje, devenido ahora en un sujeto menos ecuaníme y contemplativo que el que conocimos por su escrito, capaz de ordenar sin remilgos que se tiren balas cuando acosan los indígenas. Este distanciamiento no presupone una merma importante en la batería de prejuicios etnocéntricos que la narrativa de Gauffin aún sostiene. La imagen del indio presenta una continuidad sin repliegues del aparato racista de las narrativas expedicionarias, exhibiendo una galería de indios montaraces (reactivos, traidores, delincuentes) y amigos (como el cacique Magú Pelá, anclado a la ventriloquia del orden pro civilizatorio, con una voz tan impostada como inverosímil por la sumisión que abraza)¹², todos parejamente subalternizados por el decir blanco de Gilbert.

Con seguridad este encuadre se manifiesta mejor aún en la caracterización de Don Otto, “el ingeniero noruego”, personaje risible reconstruido en el molde caricaturesco del científico loco y del inmigrante torpe en menesteres locales. La manipulación de este personaje es, al menos, contradictoria, pues si bien el relato lo asume seducido por la diversidad indígena y la frontera, como una redención tibia desde la teoría del buen salvaje –al punto que abandona la

12 El narrador dice que dice Magú Pelá en un pasaje: “Los cristianos han muerto indios porque éstos los atacaron. Los cristianos tienen vacas porque trabajan y las cuidan día y noche, mientras los matacos ’staban panza arriba, durmiendo, y apenas se ocupan de pillar lagartijas cuando tienen hambre” (Gauffin, 2008: 175).

expedición y se queda a vivir en una comunidad¹³–, las evaluaciones de los hechos por parte del narrador son ineludibles. Todo intento de comprensión del otro cultural es percibido por Gilbert con desconfianza y temor, bajo la pátina de la burla y la desestimación.

Entre las relaciones poliédricas que los textos del corpus ofrecen, la referencia a la poligamia de los originarios es un punto de fuga que obtura posibles accesos a la otredad. Lo interesante del asunto es que Astrada y Gauffin atribuyen a Asp una fascinación como observador de las prácticas sexuales de las comunidades (en el nicho de la antigua herencia de viajeros lascivos como Ulrico Schmidl), mientras que el ingeniero nunca lo refiere en su informe, aun cuando como dije su escritura suele exceder en mucho la naturaleza prescriptiva que el cumplimiento con el mandato oficial requería. Sin embargo, en una nota de octubre de 1903 que Astrada reproduce de *El Diario* de Buenos Aires, Asp describe los cuerpos de los indígenas según su fisonomía –en clave evolutiva, eugenésica y genérica– con indiscutible fascinación y rechazo:

El viajero cree hallar tipos inferiores, débiles ó degenerados, y se encuentra en cambio, hombres admirablemente constituidos. Quisiéramos los cristianos poseer aquellas figuras elegantes, de impecable línea, vigorosos, llenos de vida y de belleza varonil [...]. No ocurre lo mismo con las mujeres que tienen una juventud muy breve, perdiendo en poco tiempo la esbeltez y la frescura. Casi todos los indios tienen las carnes flácidas y el aspecto repulsivo. En cambio, las muchachas son muy bien formadas y graciosas.

La Poligamia es general en las diversas tribus. Pero está limitada por la necesidad. En efecto, el indio debe sustentar todas sus mujeres, y como esto es difícil y penoso, lo común es que cada hombre no tenga sino una mujer. (1906: 67)

13 Dadas las pocas referencias colectadas sobre Asp, no puede verificarse el punto, aunque por el carácter activo de su continua tarea en el Ministerio de Agricultura no parecería desatinado ver en la operación de Gauffin una licencia discursiva más acorde a los carriles ideológicos del modo en que relee la avanzada al Pilcomayo.

Hiperbolizando esa línea de sentido, la del gringo *voyeur* de una sexualidad que su propia mirada exotiza, felizmente entregado a los arañazos que escoltaban por convención las prácticas sexuales con las indígenas, Gilbert –quien logró “escapar” de las “contorsiones eróticas” de las mujeres (Gauffin, 2008: 78)– formula su imagen grotesca de Asp. Más allá de la bufonada, los textos balbucean con la anécdota la imposibilidad de comprensión del proyecto intercultural que Don Otto parece representar con su abandono de la vida occidental; racismo y xenofobia dirimen aquí lo irreconciliable del tema, tal como lo verbaliza espantado el criollo Argamonte: “Nunca imaginé un cristiano –sin son cristianos los gringos– perdiendo el sentido por una hembra que hiede como un chiquero” (2008: 101).

A pesar de todo, y ese sigue siendo uno de los aspectos más interesante de la obra de Gauffin que, contrapuesta con sus coetáneos –sobre todo con el insobornable reaccionarismo de Juan Carlos Dávalos en su interpretación de lo criollo y el mundo gaucho en el ámbito cultural salteño–, resulta más problematizadora porque admite fisuras dentro del orden conservador imperante. Una de estas disrupciones se percibe también en torno a la recuperación de la masacre de Mundo nuevo, aquí el distanciamiento del relato de las políticas de exterminio del Estado nacional se pone estratégicamente en boca de Argamonte. Siendo el sujeto más idóneo para enarbolar la crítica, en tanto desposeído de frontera y perseguido por matrero, el gaucho se niega a participar de la matanza y negocia sin éxito por la vida de los indios que volvían del ingenio: “Yo sentí asco, lástima y rabia al mirar esa carnicería, esa gran pelota de carne y sangre, que era como un solo cuerpo que roncaba, boquiando” (Gauffin, 2008: 53).

Este último pasaje resulta iluminador para discernir variaciones con respecto a Astrada y Asp, en tanto que si bien la connivencia ideológica de estas obras con el racismo es innegable, pues como un detritus va infiltrando escalas axiológicas desfavorables a la legitimación de la diversidad –como se advierte en la repulsión ante

la pareja, tan indigeriblemente otra, del gringo y la indígena–, la apuesta literaria de Gauffin se encarga sin embargo de reforzar –desde la voz aliada del gaucho, otro representante popular y desprotegido crónico del sistema– que no hay complicidad alguna con el genocidio cometido.

Coda

Enmarcado por estrategias desiguales de negociación, el examen del mundo en agonía de los pueblos originarios del Chaco que la cita anterior recoge es, sin dudas, una de las intersecciones que aún estas narrativas expedicionarias al Pilcomayo. Desde el presupuesto, por ninguna de ellas rebatido, de la legitimidad de las avanzadas y la implementación de políticas extractivistas, administrativas y de control sobre los espacios y sus habitantes, se congregaron formas discursivas coadyuvantes al imaginario social excluyente que direccionaba las prácticas de ocupación territorial. Astrada acomete su escritura desde la observancia de los modos en que resuena su accionar público, en los pasillos de la burocracia estatal, en la administración de los entuertos de la política provincial y en la exposición de las crónicas de la prensa porteña. Para el expedicionario, el diseño de su relato es, ante todo, la justificación de una vida entregada “con esfuerzos” a la especulación de negocios productivos en zonas “vacantes” de la nación. Por su parte, la mirada especulativa de Asp pone en escena, en el territorio del Pilcomayo, la peligrosidad entomológica de la perspectiva científicista, la viabilidad clasificatoria, explicable y archivable de todo un ecosistema (desde las comunidades que lo habitan hasta las escalas zoológicas y botánicas y las composiciones minerales), que se recorta como una vitrina organizada por su nomenclador desde el registro impúdico con que el ingeniero va coleccionando. La lectura literaria que emprende Gauffin, pasado el Centenario y sus discursos homogeneizadores, señala la discontinuidad de ideas e imágenes propicias al ser nacional, en tanto que el pretendido crisol de razas

generado en la usina porteña como reducto de contención muestra su renuente afincamiento en la región, con huellas xenófobas muy palpables. A su vez, la configuración del mito blanco parece ser un propósito aun sin cristalización, al menos en las representaciones muy transidas por un fuerte sesgo racista que siguen vehiculizando las novelas, señalando que hacia 1930 el problema del indio se sostiene como una instancia “no resuelta”, es decir, como “un fracaso” de las políticas estatales liberales.

Bibliografía

- Andermann, J. (2000). *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- Asp, O. (1905). *Expedición al Pilcomayo. 27 de marzo – 6 de octubre de 1903, en Anales del Ministerio de Agricultura. Sección de Inmigración, Propaganda y Geografía*, T. I, Núm. I. Buenos Aires, Talleres Publicaciones de la Oficina Meteorológica Argentina.
- Astrada, D. (1906). *Expedición al Pilcomayo. Colonización del alto Chaco. Buena Ventura. Antecedentes. La expedición. El río, tierras, indios, caminos. Restos de Ibarreta. 17 de junio á 24 de septiembre de 1903*. Buenos Aires, Establecimiento Gráfico Robles y Cía.
- Bandieri, S. (2000). “Ampliando las fronteras: la ocupación de la Patagonia”. En Mirta Zaida Lobato (Dir.). *Nueva historia argentina*. T. V. Buenos Aires, Sudamericana, 119-177.
- Bárquez, R. M. (Edit.) (1997). *Mastozoología neotropical Publicaciones especiales N° I. “Viajes de Emilio Budin: la expedición al Chaco, 1906–1907”*. San Miguel de Tucumán, UNT.
- Buliubasich, C. y Rodríguez, H. E. (2002). “La noción de trabajo en la construcción de la identidad: indígenas y criollos en el Pilcomayo salteño”. *Cuadernos de Antropología Social*, 16, 185-209.
- Cruz, L. M. de la (2000). *¿Qué pasó con los pastizales que vio Astrada? Productividad y degradación ambiental en la región del Pilcomayo medio*. Disponible en línea: http://sombradearbol.org/documentos/delacruz_1998_pastizales-pilcomayo.pdf

- Fernández Bravo, Á. (1999). *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Gauffin, F. (2008). *Obras completas*. Salta, Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta.
- Gauffin, A. (2021). “Federico Gauffin, versificador urbano” y “Espejismos y tragedias en el Pilcomayo”. En *Ensayos de madrugada*. Salta, La Aparecida, 237-256.
- Giucci, G. (2014). *Tierra del Fuego: la creación del fin del mundo*. Buenos Aires, FCE.
- Gordillo, G. (2000). “Canales para un río indómito. Frontera, estado y utopías aborígenes en el noroeste de Formosa”. En Alejandro Grimson (Comp.). *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Buenos Aires, Ciccus / La Crujía, 232-255.
- . (2010). “Historias de los bosques que alguna vez fueron pastizales: la producción de la naturaleza en la frontera argentino-paraguaya”. *Población & Sociedad*, 17, 59-79.
- Gorleri, M. E.; Budiño, M. E. y Renzulli, M. A. (2020). *Representar la frontera: Formosa (1879–1950)*. Formosa, EdUNaF.
- Guzmán Conejeros, R. (2009). “Los viajeros científicos de la Campaña del Desierto: apuntes acerca de la construcción discursiva de la Patagonia”. En Enriqueta Morillas Ventura (Comp.). *Viajeros patagónicos del siglo XIX*. Córdoba, Alción, 135-144.

- Livon-Grosman, E. (2003). *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- Morillas Ventura, E. (Comp.). (2009). *Viajeros patagónicos del siglo XIX*. Córdoba, Alción.
- Nouzeilles, G. (1999). "Patagonia as Borderland: Nature, Culture and the idea of the State". *Journal of Latin American Cultural Studies*, 8, 1, 35-48.
- Penhos, M. (2018). *Paisaje con figuras. La invención de Tierra del Fuego a bordo del Beagle (1826–1836)*. Buenos Aires, Ampersand.
- Rodríguez, H. y Buliubasich, C. (1994). "Degradación ambiental y conflicto étnico en el sector nororiental del Chaco salteño". *Andes. Antropología e Historia*, 6, 361-392.
- Scarzanella, E. (1999). *Ni gringos ni indios. Inmigración, criminalidad y racismo en Argentina, 1890–1940*. Bernal, UNQ.
- Sosa, C. H. (2016). "En tierras de Magú Pelá: la narrativa de Federico Gauffin y los debates del post Centenario". En Liliana Massara (Compil.). *Narrar la Argentina. Centenario, región e identidad*. San Miguel de Tucumán, UNT, 213-231.
- Sylvester, S. (2012). "Federico Gauffin (Vida y ficción)". En *La identidad como problema. Sobre la cultura del Norte*. Mar del Plata, EUDEM / EDUNSa, 181-202.
- Torre, C. (2010a). *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*. Buenos Aires, Prometeo.

- . (2010b). "Narrativa expedicionaria: versiones del desierto entre 1880 y 1900". En Noé Jitrik (Dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*. Vol. 3. Buenos Aires, Emecé, 149-176.
- . (2011). *El otro desierto de la Nación Argentina. Antología de narrativa expedicionaria*. Bernal, UNQ.
- Viñas, D. (2003). *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires, Santiago Arcos.